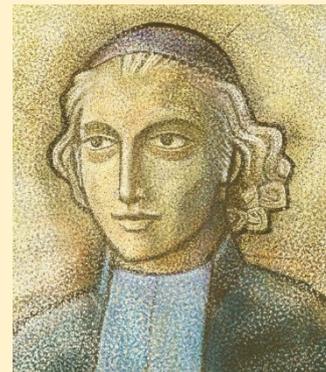


NOVENA DEL MES DE ABRIL 2025

Esta novena reflexiona sobre el misterio del amor abnegado de Cristo: su Pasión, Muerte y Resurrección, que es la fuente de nuestra vida espiritual. También podemos inspirarnos en el **Hermano Gabriel Taborin**, un humilde siervo de Dios que dedicó su vida a la educación y la evangelización a través de su vida y ejemplificando la llamada a «dar vida» formando a los jóvenes en la fe y la virtud. Cada día, meditamos en cómo el sacrificio de Cristo nos transforma y nos llama a entregar nuestras vidas en amor por los demás. Comencemos como **peregrinos de esperanza**, confiados en que «ni la muerte ni la vida nos podrán separar del amor de Dios en Cristo Jesús» (Rom 8,38-39).

Oración para cada día

Dios Padre nuestro, que has suscitado en la Iglesia al Venerable Hermano Gabriel Taborin para promover la educación cristiana, la catequesis y la animación litúrgica, concédenos que, compartiendo su carisma, sepamos cumplir hoy nuestra misión para bien de la familia y de la sociedad con la fuerza de tu Espíritu. Y, si es tu voluntad, haz que sea inscrito en el número de los santos, concediéndonos por su intercesión la gracia que necesitamos...
(mencionar los nombres por los que se desea rezar)
Te lo pedimos insistentemente por nuestro Señor Jesucristo. Amén



Día 16. «Nadie tiene mayor amor que este, dar la vida por sus amigos» (Juan 15,13).

Toda la misión de Jesús fue de donación de sí mismo. *Él no vino para ser servido, sino para servir* (Marcos 10:45). En su Pasión, Muerte y Resurrección, reveló la profundidad del amor de Dios y la promesa de la esperanza eterna. A través de su sacrificio, la desesperación es vencida y la vida triunfa sobre la muerte. (Cf *Spe Salvi*)

Oración: Señor, enséñame a amar como Tú amaste. Lléname con la esperanza de tu Resurrección, para que incluso en el sacrificio, pueda ver la promesa de una nueva vida. Como el Hermano Gabriel, que pueda entregarme al servicio, sin medir el costo, pero confiando en tu victoria sobre el pecado y la muerte. Amén.

Día 17. «Esto es mi cuerpo, entregado por vosotros» (Lucas 22,19)

En la Eucaristía, Jesús continúa entregándose a nosotros, no como un mero recuerdo, sino como un encuentro vivo con su amor redentor. A través de su Pasión y Muerte, derramó su vida por nuestra salvación; en su Resurrección, abrió el camino a la vida eterna. Cada misa renueva este misterio sagrado, llenándonos de esperanza de que incluso nuestros más pequeños sacrificios, unidos a los suyos, dan fruto en el reino de Dios. El Hermano Gabriel tenía una profunda devoción por la Eucaristía, que consideraba la fuente de su fuerza y el fuego de su misión. Como él, estamos llamados a recibir el don de Cristo con gratitud y a permitir que su vida resucitada nos transforme.

Oración: Señor, aliméntame con tu Cuerpo y Sangre, Pan de Vida y Copa de Salvación. Lléname con la esperanza de tu Resurrección, para que pueda entregarme a los demás con el mismo amor desinteresado que tú mostraste en la Cruz. Que cada Eucaristía renueve mis fuerzas y profundice mi confianza en tu victoria sobre el pecado y la muerte. Amén.

Día 18. «Él fue traspasado por nuestras rebeldías y triturado por nuestras iniquidades» (Is 53,5)

La Pasión de Cristo no fue un final trágico, sino un acto deliberado de amor. Abrazó libremente el sufrimiento para redimirnos. Sin embargo, la Cruz no fue la última palabra. Al resucitar de la tumba,

Jesús reveló el peso eterno de la gloria escondida en el dolor, mostrando que cada herida entregada a Él se convierte en un recipiente de gracia. (*Santa Teresa de Lisieux*).

Oración: Jesús, ayúdame a abrazar mis cruces con fe, sabiendo que en tus manos, el sacrificio da frutos más allá de lo que puedo ver. Lléname con la esperanza de tu resurrección, para que pueda soportar las pruebas con valentía. Que siempre confíe en que tu amor redentor convierte incluso el quebrantamiento en gracia. Amén.

Día 19. «Una espada atravesará también tu propia alma» (Lc 2,35).

María estaba de pie al pie de la Cruz, con el corazón traspasado por el dolor, pero su sufrimiento no carecía de esperanza. Al igual que participó en la Pasión de Cristo, también fue testigo de la gloria de su Resurrección. En ella vemos que Dios transforma el dolor en alegría y el sufrimiento en redención. El Hermano Gabriel, con profunda devoción mariana, le confió su obra, sabiendo que, al igual que acompañó a Jesús en su sufrimiento y triunfo, ella camina con nosotros en nuestras pruebas y victorias. A través de su intercesión, aprendemos que ningún dolor se desperdicia cuando se une al sacrificio de Cristo.

Oración: María, Madre de los Dolores y de la Alegría, ayúdame a aceptar mi sufrimiento con fe, como tú lo hiciste. Enséñame a estar al pie de la Cruz con esperanza, sabiendo que la Resurrección es la promesa de cada herida entregada a Dios. Que yo, como el Hermano Gabriel, ponga mi confianza en ti, seguro de que Dios trae vida incluso del dolor. Amén.

Día 20. «Yo soy la resurrección y la vida» (Jn 11,25)

La tumba vacía es la respuesta final de Dios al sufrimiento y a la muerte, no el final de la historia de Cristo, sino el radiante comienzo de la nuestra. Al resucitar, Jesús no se limitó a revertir la muerte; la transformó en una puerta de entrada a la vida eterna. (*Spe Salvi* §6) Este misterio pascual se convirtió en el latido del corazón del testimonio del Hermano Gabriel. A través de la enfermedad, las dificultades y las pruebas, se aferró a la esperanza de la resurrección, confiando en que ningún sufrimiento se desperdiciaba en las manos de Dios. Su vida fue un testimonio vivo de que incluso en los valles más oscuros, la luz de la Pascua amanece.

Oración: ¡Jesús resucitado, inunda mi corazón con la alegría inquebrantable de la Pascua! Hazme un testimonio vivo de tu victoria; donde veo cruces, recuérdame las tumbas vacías; donde encuentro la muerte, déjame proclamar la vida. Como el Hermano Gabriel, que pueda enfrentar cada prueba con una esperanza inquebrantable, sabiendo que en ti, cada sacrificio es redimido y cada acto de amor resuena en la eternidad. Amén.

Día 21. «Amaos los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 15,12)

La Sagrada Familia revela el plan de Dios para el amor que se sacrifica y la esperanza que perdura. En los años ocultos de Nazaret, vemos que la futura Pasión de Cristo ya se estaba viviendo: en la obediencia silenciosa de José, la entrega fiel de María y la humilde sumisión de Jesús. (*Santa Teresa de Lisieux*) El Hermano Gabriel, inspirado por su ejemplo, puso a nuestra Congregación bajo su patrocinio, reconociendo que la familia es la primera escuela donde aprendemos a amar como Cristo ama.

Oración: Sagrada Familia, forma mi corazón en tu escuela de sacrificio amoroso. Enséñame, como el Hermano Gabriel, a ver mis cruces diarias como una participación en la obra redentora de Cristo. Que mi familia, mi comunidad, mi trabajo y mis luchas se conviertan en una ofrenda viva de amor y esperanza.

Día 22. «Instruye al niño en el camino correcto, y aun en su vejez no se apartará de él» (Prov. 22,6)

Para el Hermano Gabriel, la enseñanza nunca fue simplemente una profesión, era una vocación sagrada, una participación en el ministerio de Cristo de formar discípulos. Entendió que la educación, en su nivel más profundo, es un acto de amor que se hace eco del poder creativo de Dios. Así como Jesús, el Divino Maestro, pronunció palabras que dieron vida (Jn 6,63), el Hermano Gabriel vio cada lección como una oportunidad para nutrir tanto las mentes como las almas.

Oración: Señor, hazme un instrumento de tu sabiduría vivificante. Ya sea como maestro, padre o tutor, ayúdame a compartir no solo el conocimiento, sino la luz de la fe. Que yo, como el Hermano Gabriel, vea cada momento educativo como una oportunidad para guiar a otros hacia ti, fuente de toda verdad. Bendice mis esfuerzos con tu gracia, para que den fruto para la eternidad. Amén.

Día 23. «Id y haced discípulos a todas las naciones» (Mt 28,19)

La Iglesia es el cuerpo vivo de Cristo en la tierra, llamada a llevar su luz a todas las generaciones. Así como Jesús sanó, enseñó y amó, así debemos hacerlo nosotros, no por nuestras propias fuerzas, sino a través del poder de su Espíritu. El Hermano Gabriel vivió esta profunda vocación hasta su último aliento. A través de su carisma, formó y convirtió en discípulos de Cristo a los niños. Las escuelas se convirtieron en puestos avanzados del Reino, donde las mentes jóvenes se encontraban con la verdad de Cristo y los corazones se formaban en su amor. En las aulas y capillas, vivió la misión, no solo enseñando materias, sino formando almas que pudieran transformar el mundo con la esperanza del Evangelio.

Oración: Señor, ¡despierta en mí el fuego de tu misión! Hazme tus manos para servir, tu voz para enseñar y tu corazón para amar. Como el Hermano Gabriel, que pueda ver cada encuentro como una oportunidad para hacer discípulos, confiando en que tú actúas incluso a través de mis pequeños esfuerzos. Envía tu Espíritu para que me guíe mientras continúo tu obra salvadora en nuestro mundo hoy. Amén.

Día 24. «Seréis mis testigos hasta los confines de la tierra» (Hc 1,8)

La Resurrección lo cambia todo, no como un recuerdo lejano, sino como un mandato vivo que nos impulsa hacia adelante. Cuando Cristo resucitado sopla su Espíritu sobre nosotros (Jn 20,22), nos da el poder de ser dadores de vida en un mundo herido. El Hermano Gabriel comprendió este fuego misionero. Hoy en día, nuestras escuelas no deben ser solo instituciones, sino hogares radiantes donde la llama de la fe se transmite a las nuevas generaciones.

Oración: ¡Señor resucitado, lléname con tu fuego de Pentecostés! Haz que mis días ordinarios estén cargados de esperanza. Como el Hermano Gabriel, que pueda ver cada encuentro, ya sea enseñando a un niño o consolando a los cansados, como un terreno sagrado para ser testigos de la Esperanza.

Animación de la Causa de Beatificación. Abril de 2025